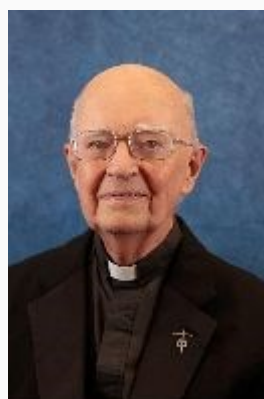




Society of Mary - Compañía de María - Société de Marie
Via Latina 22, 00179 Roma



16 de marzo de 2026

Biografía de la Notificación de Fallecimiento N. 2

La Administración General y la Provincia de los Estados Unidos de América encomiendan a nuestras oraciones fraternas a nuestro querido hermano, **Quentin HAKENEWERTH**, sacerdote, de la comunidad marianista *Marianist Residence*, San Antonio, Texas (USA), que ha fallecido al servicio de la Santísima Virgen el 4 de marzo 2026 en San Antonio, Texas (USA), a los 96 años y 77 años de profesión religiosa.

El padre Quentin fue un director espiritual muy apreciado, escritor, administrador, formador, misionero, párroco, profesor y capellán; fue el duodécimo Superior General de la Compañía de María (1991-1996). Con frecuencia expresaba su profunda gratitud por su vocación marianista, señalando que su experiencia vital más gratificante fue «descubrir la inmensa gracia que Dios nos ha concedido a través del beato Chaminade en el carisma

marianista, y tener el privilegio de vivir ese carisma, aunque con tantas dificultades y compartirlo con los demás».

Quentin Hakenewerth nació el 9 de enero de 1930 en Old Monroe (Missouri). Fue uno de los cuatro hijos de Andrew y Wilhemina «Minnie» (Burkemper) Hakenewerth. Bautizado en la parroquia de la Inmaculada Concepción en Old Monroe, asistió a la escuela de su pueblo hasta el tercer grado antes de trasladarse a la parroquia de San Teodoro en Flint Hill, donde se graduó en 1944. Por recomendación de las religiosas de la Preciosa Sangre, que allí impartían clases, se matriculó interno en *Chaminade Preparatory* en San Luis (Missouri) donde conoció a los Marianistas.

Tras un año en *Chaminade*, el joven Quentin decidió consagrarse en la Compañía de María. Ingresó en el postulante de Maryhurst, en Kirkwood (Missouri) en 1945 y, dos años después, comenzó el noviciado en Marynook, en Galesville (Wisconsin). Quentin profesó sus primeros votos en Marynook el 15 de agosto de 1948.

Tras iniciar sus estudios en el escolasticado, en Maryhurst, obtuvo una licenciatura en Educación por la Universidad de Dayton, en 1951. Posteriormente, trabajó en dos colegios del área de San Luis —St. Mary's y Coyle— donde impartió clases de religión, inglés y ciencias sociales, además de colaborar con la congregación mariana y coro de alumnos de estos colegios. Profesó sus votos perpetuos el 19 de julio de 1952.

Llamado al sacerdocio, estudió teología en la Universidad de Friburgo, Suiza., donde fue ordenado sacerdote el 17 de julio de 1960 y luego regresó a los Estados Unidos para ejercer de profesor y capellán en el colegio Don Bosco en Milwaukee (Wisconsin) y en el colegio St. Michael en Chicago (Illinois).

Tras obtener un Master en Psicología Clínica por la Universidad Loyola de Chicago, en 1965, se dedicó a la formación de los marianistas jóvenes, primero como capellán del escolasticado en la Universidad Saint Mary's, en San Antonio (Texas) y, luego, como asistente provincial del Oficio de Vida Religiosa hasta 1969. Durante los siguientes diez años, padre Quentin desempeñó principalmente funciones de gobierno, incluyendo dos mandatos (1971-1979) de Provincial de la entonces Provincia de San Luis y responsable de vocaciones (1980-1981).

A partir del Capítulo General en 1981, el padre Quentin inició un nuevo y prolongado servicio en la Administración General Marianista, en Roma; pues fue elegido Asistente general de Vida religiosa en dos mandatos sucesivos (1981-1986 y 1986-1991) y, luego, en el Capítulo General de 1991 fue elegido duodécimo Superior General de la Compañía de María. Más tarde escribiría: «Aunque nunca aspiré al gobierno, dediqué 27 años [...] a la obediencia a esta llamada. Esta siempre trajo cruces y bendiciones inesperadas. Las bendiciones superaron con creces las cruces y, por supuesto, son más duraderas. He disfrutado enormemente descubriendo y tratando de vivir el maravilloso carisma que forma parte de nuestra vocación marianista [...], dedicando tiempo y servicio a transmitir este carisma a otros».

Los escritos del padre Quentin proporcionaron un canal particularmente fructífero para explorar y difundir el carisma marianista a lo largo de su prolongado servicio. Sus artículos aparecieron en numerosas publicaciones nacionales y marianistas; fue, también, autor de varios libros que hoy se consideran clásicos de la espiritualidad marianista, entre ellos *María en la espiritualidad moderna* (Maryhurst Press, 1967); *El grano de trigo* (Maryhurst Press, 1967); *Por el bien del Reino* (Liturgical Press, 1971); y *Creciendo en las virtudes de Jesús* (Centro Norteamericano de Estudios Marianistas, 2008).

Tras finalizar su mandato de Superior General, padre Quentin inició un extenso periodo de ministerio sacerdotal en México. Su primer destino fue Querétaro, donde trabajó durante cinco años como maestro de novicios, superior de prenovicios y párroco. Posteriormente se trasladó a la casa de estudios de Puebla, donde también fue párroco entre 2011 y 2017. De regreso a Querétaro trabajó de capellán, subdirector de formación y párroco, manteniéndose activo en el ministerio hasta bien entrados los noventa años. Si bien algunos podrían considerar una vida así, extraordinaria, para Quentin no lo era; sino, como afirmó en una entrevista de 2018: «Uno trata con un Dios infinito, así que nunca se termina. Simplemente se sigue creciendo». Tras serle diagnosticado un cáncer, fue trasladado a la Residencia Marianista de San Antonio en 2024.

El religioso marianista Ed Longbottom recuerda al padre Quentin como «un hombre que vivía el presente y tenía una visión clara. Su día era pausado pero intenso». Prácticamente cada acción reflejaba su personalidad. «La oración y la adoración eran diarias y abundantes», recuerda el Hno. Ed. «Disfrutaba mucho

del pan con mantequilla y mermelada, así como de las conversaciones y las risas durante las comidas. La lectura, la escritura y la conversación tenían su momento; la presidencia de la eucaristía y otros sacramentos se alternaban con barrer el suelo, limpiar el jardín, abrir la puerta, reír con un vecino, consolar a los afligidos, animar a todos; pero aun así encontraba tiempo para una breve siesta”.

El marianista Juan Azamar recuerda que su ingreso en el noviciado de Querétaro fue su primer encuentro con el padre Quentin y comenta: “Le estoy agradecido a Quentin porque confió en mí; creyó en mí con mis defectos y virtudes; nunca me juzgó. En los primeros años, me guio de la mano de María hacia Jesús. Después de mi noviciado me acompañó durante cinco años, desde mis votos temporales hasta mis votos perpetuos. Fue mi director espiritual durante 15 años. Fue constante y leal; un padre con una profunda caridad. Su vida misma habla por sí sola”.

El padre Quentin tenía una manera particular de hablar de su vocación, según refiere el marianista Lawrence McBride, que colaboró con él en el noviciado de Querétaro. Cuando los jóvenes participaban en los encuentros vocacionales de fin de semana “Ven a ver”, escuchaban la historia vocacional del padre Quentin; «solía terminar su breve reflexión con palabras como: “y sigo creciendo”. Esto siempre los asombraba, porque pensaban que un hombre de la edad de Quentin ya no experimentaría cambios. Pero Quentin quería que supieran que nunca dejamos de crecer, ya sea espiritual, mental o psicológicamente. Quentin siempre fue lo suficientemente humilde como para admitir que necesitaba crecer, acercarse más a Jesús y a María y ser un mejor marianista».

Según el sacerdote marianista Al McMenemy, «el padre Quentin era un santo viviente, un hombre verdaderamente santo. Vivía según lo que escribía: “Un grano de trigo debe morir antes de dar fruto, creciendo en las virtudes de Jesús”». El padre Al valora profundamente las enseñanzas que recibió de Quentin en la dirección espiritual. «Muchas veces me recordaba algo crucial: al final de mi vida, Dios solo me hará dos preguntas: ¿Hice lo que Dios te pidió? Y, ¿comprendes que no soy yo quien debe salvar al mundo, sino Él?».

También el marianista Juan Pablo Espinoza recuerda, ante todo, la sencillez con la que Quentin respondió a la llamada de Dios. «Nunca buscó reconocimiento ni protagonismo. Su manera de vivir el Evangelio era humilde, transparente y auténtica. María no era para él simplemente un adorno de devoción, sino una

compañera amorosa y viva en la vida de fe. La oración era el centro silencioso de su vida. El padre Quentin comenzaba cada mañana poniéndose en presencia del Señor y terminaba cada día con gratitud ante Él. De ese ritmo de oración fluía la paz interior que marcaba su presencia y conmovía a quienes lo rodeaban. Quienes vivimos y trabajamos con él recordamos su constante disponibilidad para servir. Nunca parecía demasiado ocupado para escuchar, acompañar o ayudar».

Otro marianista colaborador en Querétaro, Nereo Ramírez Hernández, recuerda la actitud cordial y pacífica que el padre Quentin aportaba a sus relaciones diarias. «Era normal verlo sonriendo; rara vez mostraba enojo». Quentin soñaba con quedarse en Querétaro para siempre. Amaba a la gente y era muy querido por todos. En los primeros días de su enfermedad, fue Nereo quien lo acompañó al médico. «No quería decirle que tenía cáncer, pero me dijo con una sonrisa: “Es hora de ir y descansar”. Quentin ya sabía lo que tenía, y eso no le impidió seguir con su vida normal. Creo que el cielo ha llamado a su presencia a un santo y que él permanece atento a nosotros incluso ahora, intercediendo por cada uno de nosotros».

Descanse en paz